



Objetivo del tratamiento psiquiátrico: La esperanza

Blas Erkizia Amilibia

Psiquiatra.

Centro de Salud Mental de Beasain.

Resumen

El artículo se centra en una reflexión sobre la esperanza. Considera que el objetivo del tratamiento psiquiátrico reside en la reconstrucción de la esperanza perdida. Y basa la argumentación en la exposición de “el principio esperanza” del filósofo Ernst Bloch. En la misma línea y como apoyo hace dos breves excursos sobre la esperanza profética y sobre “la espera” de *En attendant Godot* del dramaturgo Samuel Beckett. Concluye presentando al bertsolari como paradigma de la improvisación y la espontaneidad.

Palabras clave: Pulsiones básicas, hambre afectos de expectativa, esperanza, utopía concreta.

La meta del trabajo reside en intentar mostrar que el objetivo del tratamiento psiquiátrico consiste en la reconstrucción de la esperanza. Si la psiquiatría, en opinión de Henri Ey, abarca la patología de la libertad, puede afirmarse que el tratamiento psiquiátrico se dirige a la reconstrucción de la esperanza perdida.

La palabra “perdida” nos orienta hacia el pasado, a la historia, al recuerdo dolorido. La “reconstrucción”, por el contrario, hacia el futuro, al proyecto del porvenir, a la esperanza. Este es el único y concreto momento de la libertad: es ahora cuando, asumiendo la carga de la historia, hay que construir el futuro. El pasado, el presente y el futuro se hacen uno.

El porvenir se juega en este único momento condicionado por la pasada historia y la inevitable realidad y sólo a ello se reduce nuestra libertad. Si, contemplando la historia pasada, se va imponiendo la vivencia de pérdida, se va adueñando el sentimiento de la depresión. A consecuencia de la impotencia que mana de la pérdida el porvenir se oscurece y la ansiedad se va fortaleciendo, en una desvaloración propia, y el presente, sometido al temor para con el futuro, se hace insostenible, tapando y obstaculizando el camino de esperanza.

En esta encrucijada del presente se juega la salud (y la enfermedad). Y la clave estriba en la esperanza. El objetivo del tratamiento psiquiátrico es la esperanza.



Las reflexiones que la palabra psiquiatría despierta en el fuero interno de la mayoría tienen que ver con la locura, los manicomios, con los desatinos y los añadidos extraños, vergonzosos y despectivos que de ellos derivan. Nos trae a la mente el delirio, la alucinación, el sufrimiento psíquico, la depresión, la esquizofrenia, la ansiedad, la obsesión, la fobia, la anorexia y una larga lista tan torpe como bañada de sufrimiento. El tren de la psiquiatra como el del poema de Sarrionaindía “siempre avanza hacia el infierno” como si en su puerta colgara el “lasciate ogni speranza” de Dante.

Sin embargo, es la esperanza el objetivo de la psiquiatría... “Donde esperar consiste/ en encontrar una buena razón/ para el paso de los días...(Carlos Marzal)”. No obstante en el rastreo sobre la palabra “esperanza” en libros, manuales, enciclopedias, etc nos topamos con escasos hallazgos. Por ejemplo, en el índice alfabético del manual de psiquiatría de Kaplan-Sadoch encontramos una sola mención. Y en la mayoría ni uno solo. Y difícilmente encontraremos un libro en cuyo título aparezca la palabra esperanza.

La vida transcurre en la espera del porvenir. Espera que, en la mayoría de los casos, se manifiesta en forma negativo-ansiosa en la literatura y la filosofía. Por ejemplo “El concepto de la angustia” de Kierkegaard o “El sentimiento trágico de la vida” de Unamuno y tantos títulos más. En torno a la espera positiva que supone la esperanza nos encontramos con contados trabajos. En uno de ellos, realizado por el filósofo Ernst Bloch, arranca la reflexión de este artículo.

Ernst Bloch: esperanza y utopía (El principio esperanza)

Dos grandes filósofos dejó el marxismo en el siglo XX, György Lukács y Ernst Bloch. Ambos se reivindicaban como herederos de Hegel y el pensamiento de Bloch, a diferencia

del de Lukács, se centró en la utopía. Su escrito fundamental, *Das Prinzip Hoffnung (El principio esperanza)* se publicó entre los años 1954 y 1959.

El marxismo, para él, es un intermediario científico, político y social que posibilita la utopía. Bloch, en la estela de Hegel, considera que la filosofía es un sistema abierto y contempla la realidad como un proceso histórico-dialéctico que no es inevitable y, en ella, la praxis humana se desarrolla dejando espacio a la creación libre y a la cultura, en una producción que está más allá de las determinaciones ideológicas.

El ser humano se caracteriza por sus básicos afectos de expectativa y por las funciones cognoscitivas de la utopía, que es un intermediario entre la fantasía y la realidad.

Todo ello aparece con meridiana claridad en la comparación entre Bloch y Freud. En opinión de Bloch el marxismo encierra en sí un gran contenido utópico. En una concepción marxista no determinista puede no estar presente y fallar un porvenir mejor. Pero la construcción del porvenir tiene que recuperar el significado de lo utópico. Es lo que Bloch denomina como *utopía concreta*. Y tiene dos bases, antropológica una y material otra.

A-. Base antropológica: Para iluminar el campo antropológico de la utopía Bloch opta por comparar su pensamiento con el de Freud. Las categorías antropológicas necesarias para su propio sistema las encuentra en la crítica del psicoanálisis (que ha hecho suyo). En la teoría de Freud son los deseos no satisfechos de la libido quienes producen la patología de los complejos y las neurosis. Y la curación se basa en el conocimiento de la propia patología y se logra mediante la interpretación. Pero el afectado por la neurosis se obstina en la obstaculización del desciframiento de la represión. Los callados deseos insatisfechos se sumergen en el inconsciente y allí se pudren censurados, en el desconocimiento de la causa.



En este contexto el inconsciente, en el pensamiento de Freud, se reduce al *más no sabido*. El psicoanálisis también lo llama inconsciente, pero refiriéndose sólo a lo reprimido previo a la conciencia. El inconsciente es lo olvidado o, mejor dicho, lo reprimido; ello ocurre de forma dinámica y, si no es mediante un profundo y eficaz desciframiento, no retorna a la conciencia. Freud mencionó también un tercer significado del inconsciente, donde el componente específico no reside en lo reprimido sino en el porvenir. En opinión de Bloch, Freud no redondeó esta idea.

Arrancando en estas premisas Bloch distingue entre sueños nocturnos y sueños diurnos. Los sueños nocturnos corresponden a *lo más no consciente*. Los diurnos, por el contrario y en la perspectiva del soñador, se dirigen hacia *lo que es nuevo*. El análisis de los sueños diurnos encuentra en ellos algo que aun no es consciente. La psicología no ha desarrollado la naturaleza progresiva que se desprende de ello. Bloch, sin embargo, le otorga una gran importancia. El inconsciente, así, aparece como una conciencia previa a lo que está por venir. Dicho de otra manera, es preciso que en el seno de la psicología se cree un espacio para lo genético, para lo que es nuevo, ya que si es preconsciente, lo es porque su contenido consciente no está aun de manifiesto; es algo que se despertará en el futuro. Los momentos más importantes de este preconsciente se corresponden con la juventud, las épocas de cambio, las vicisitudes cambiantes y con los espacios creativos del ser humano. En opinión de Bloch, estos sueños diurnos, barruntados por la mayoría de los seres humanos, son solamente catalizados por los seres geniales.

Según afirma Bloch: *“Freud y Jung consideran el inconsciente como algo pasado en un proceso histórico-evolutivo, como lo sumergido en la bodega del sujeto y tan sólo allí presente”*. Y en consecuencia, las pulsiones, al liberarse de los cuerpos vivientes, se mitifican. Adoptan la imagen de algo semejante a los ídolos: la Libido (Freud), la

voluntad de poder (Adler), el Dioniso originario (Jung) se absolutizan, impidiendo por ello discutirlos como factores variables de las condiciones económicas y sociales. Pero en verdad son modificadas y orientadas por las clases sociales en las que se circunscriben los diferentes individuos y las épocas históricas determinadas. Bloch las contempla como pulsiones parciales; y considera que existe otra necesidad más fundamental que ha sido olvidada por el psicoanálisis: el hambre. La instancia más fundamental es aquella que nos impulsa hacia la autoconservación, es decir el hambre. Y esa pulsión es quien pone en marcha a las demás: *“El estómago es la primera lámpara a la que hay que echar aceite. Su anhelo es tan preciso, su pulsión tan ineludible, que no puede reprimirse largo tiempo”*. Si es cierto que la función de la Libido, por obra de la hipocresía, se ha mantenido en el silencio, más cierto es aún, dice Bloch, que por razones de clase se ha tapado otra pulsión más importante, la del hambre. Junto a esta pulsión la de la libido, comparativamente, es un lujo.

En esta pulsión fundamental arranca la construcción de la teoría de los sentimientos de Bloch. Las pulsiones se sienten. Y estos sentimientos, en una primera diferenciación, se concretan en los deseos y en las repulsiones correspondientes a las pulsiones. Las pulsiones que impulsan, consideradas como sentimientos, son afectos. Son básicamente estados de la persona. Y puesto que Bloch los entiende existencialmente, los afectos son una forma de ser. Y tienen un particular significado en el orden del conocimiento: *“...El contacto intelectual con los afectos es necesario para todo conocimiento de sí...”*. Hay dos clases de afectos: afectos saturados (envidia, codicia, veneración) y afectos de expectativa que se subdiferencian a su vez según que lo esperado sea deseado o no deseado.

La característica fundamental de los afectos de expectativa (miedo, terror, esperanza, fe) es la siguiente: el objeto de las pulsiones no es individualmente alcanzable ahora, no se da en la



actualidad; por lo tanto, le es inherente la duda de su resultado. En comparación con los afectos saturados, los afectos de expectativa son mucho más ricos en lo que atañe a la anticipación de la intención, del contenido y del objeto. Son pues afectos utópicos. Su resultado, sea deseado o temido, no está decidido: “*El más importante de los afectos de expectativa, el afecto anhelante más propio, el anhelo por antonomasia del sujeto...es la esperanza*”. Es la esperanza quien configura al sujeto.

Bloch elaboró su teoría arrancando en esta relación que los afectos mantienen con las pulsiones. El hambre es el principio del interés por mutar las condiciones existentes. La tendencia a la *autoconservación* se convierte en pulsión para el autodesarrollo. El sustento de los afectos de expectativa reside en el hambre tematizada en la conciencia. Y estos afectos, por la mediación de los sueños diurnos se capacitan para la anticipación de un porvenir diferente. Estos sueños surgen en la percepción de una carencia que se quiere borrar. Esto es, son el sueño de una vida mejor. A decir verdad, también existen sueños de calidad escasa, sueños que se afanan en la evitación y en la sustitución de la realidad. Y sueños que sostienen y alimentan el coraje y la esperanza (*lo aun no sabido, nunca sido*).

Dentro de la teoría de Bloch hay que ubicar los sueños, tanto diurnos como nocturnos, en el terreno de lo utópico. El psicoanálisis no valora por igual los sueños diurnos y los nocturnos. En los primeros no ve sino el comienzo de los segundos. Y para el psicoanálisis, que según lo entiende Bloch, se limita únicamente a la realidad existente, todo sueño es expresión de represión.

En el pensamiento de Bloch los sueños nocturnos se alimentan en el empuje de la vida ya transcurrida, y nada nuevo surge bajo su acción. Con los sueños diurnos ocurre todo lo contrario; son la proyección del futuro (algo más que el prelude de los sueños nocturnos,

por lo tanto). Los sueños del estado de vigilia no tienen motivo alguno para ser expresivos de la represión; pueden ser el primer paso de un viaje voluntariamente iniciado camino del porvenir. Y no surge en un momento de disminución de la alerta, sino en la conciencia perceptiva de la vida y del mundo. Y tiene una característica principal: la mejora del mundo (lo que puede tomarse como carácter utópico).

Piensa Bloch que el sueño diurno se concreta en la anchura y en la profundidad del campo utópico. Los sueños diurnos son el prelude del arte y se afanan, simbólicamente, en la mejora del futuro humano.

Poseen una última característica. Al igual que los sueños nocturnos nacen del deseo, pero poseen además la voluntad de realizarse, de llevarse a cabo. Así como el pensamiento freudiano organiza la sublimación como una ordenación para con el arte, Bloch opina que hay que organizar su contenido utópico de esperanza. Los sueños diurnos no constituyen, como ocurre con la teoría de la ilusión, un terreno para el arcaísmo de los infantilismos y juegos bonitos, sino el espacio de la previsión fantástica de una realidad posible: “*El contenido de la fantasía diurna es abierto, anticipatorio y lo que en ella late se sitúa por delante*”. El proyecto del sueño diurno no “*necesita ser desenterrado e interpretado, sino de corrección y en cuanto es capaz de ello, de concreción*”.

Los sueños y los afectos están estrechamente unidos entre sí. Son los afectos de expectativa quienes preparan el terreno para un estado de ánimo en el que se forjarán las imágenes de los sueños nocturnos. Pero la grandeza de los proyectos dibujados depende básicamente de los afectos. Aunque la intención de estos afectos es meramente premonitoria.

Como anteriormente se ha mencionado, en el seno de lo que aún no es consciente, se va despertando, a tenor de su contenido, lo que todavía no es presente: son los componentes



hasta ahora mencionados quienes, junto a la actividad racional, constituyen el significado pleno de la esperanza. No se concibe la esperanza sólo como movimiento anímico sino también “*como consciente y sabida función utópica*”. Sus contenidos se manifiestan con representaciones que esencialmente corresponden a la fantasía y son anticipación de una realidad posible. Y hay que distinguir dos tipos de utopía, una inmadura, no relacionada con la posibilidad, en donde la fantasía es sustituida por lo fantasioso, y una madura, que se corresponde con la posibilidad de lo real. La utopía, en este caso, se define como “*utopía concreta*”. Los componentes de la teoría, de la praxis y de la antropología de Ernst Bloch confluyen en la esperanza:

“La función utópica en cuanto actividad comprendida del afecto de expectativa”... “el punto de contacto entre el sueño y la vida (sin el cual el sueño sólo produce utopía abstracta, la vida solo trivialidad)”... y ese punto... “es dado en la capacidad utópica situada sobre los pies, que siempre se encuentra vinculada a la posibilidad real”.

El contenido histórico de la esperanza es la cultura humana, tomada en su referencia a un horizonte histórico concreto: “*La esperanza como afecto de expectativa, en la razón, y la razón en el afecto de expectativa, combinadas son la docta spes: la esperanza inteligente*”... “*La razón no puede florecer sin esperanza, la esperanza no puede hablar sin la razón*”.

Bloch subraya una y otra vez el carácter cognoscitivo y anticipador de la esperanza: “*La anticipación actúa así en el espacio de la esperanza, ésta no es considerada sólo como afecto, como contraposición al temor (pues también el temor puede anticipar), sino más esencialmente, como acto orientador de carácter cognitivo (y por tanto, la contraposición no es con el temor, sino con el recuerdo)*”.

Pero todo ello, es decir lo que aun no es consciente, el afecto de expectativa, la utopía,

ha de tener un contenido. Su correlato es lo todavía no acontecido, una posibilidad objetiva, que impide que las perspectivas de la subjetividad sean fatuas.

B-: base material: La esperanza es pues el principio del sistema de Bloch; es la esperanza quien empuja al ser humano a no cejar en su suerte. Pero a la utopía, a la esperanza que impulsa a lograrla, y para que no se quede en un hermoso deseo, ha de añadirse un fundamento real. Por ello, para solidificar su sistema, Bloch basa el principio esperanza en el principio materia, que es su correlato. La base que va a posibilitar el cambio reside en la materia (toda realidad es materia).

La *posibilidad* constituye una entraña propia de la materia y, por ello, todo cambio se sustenta en la materia. El concepto de posibilidad se entiende como una realidad procesual, donde el proceso es un intermediario entre el presente, el pasado no agotado y, ante todo, el futuro. La realidad consume su proceso merced a la posibilidad. Lo *Posible* es lo que sólo parcialmente está condicionado, lo que no está del todo determinado, lo que no es del todo necesario. Bloch distingue entre *lo objetivamente posible* y *lo realmente posible*. *Lo objetivamente posible* pertenece al orden del conocimiento y, ya que reúne de alguna manera las condiciones para ser, es algo que científicamente puede esperarse. En lo que hace a *lo realmente posible* aun no se dan las condiciones para ser (o porque las condiciones no han madurado o porque las nuevas condiciones no han nacido aun). La realidad no está consumada, ni en su base ni en su meta.

Un paso más allá Bloch, apropiándose de dos frases de Aristóteles, diferencia dos posibilidades de la realidad. La una, *kata ton dinaton* (según posibilidad, el ser según la dimensión de lo posible); la otra, *to dynamei on* (ser en posibilidad). La primera, facultando para un análisis crítico de la realidad, determina lo que ahora ya es posible; la segunda sustenta lo que en un



futuro puede lograrse. La primera abraza lo que ahora es posible. La segunda significa la posibilidad abierta al futuro. La primera hace caminar hacia el objetivo establecido. La segunda muestra que lo obtenido no es definitivo, significando que hay posibilidad ulterior.

La materia, por lo tanto, es pura posibilidad y se extiende a todo aquello que puede suceder. Es el presente de un porvenir distinto y la ontología que en ella se sustenta es la ontología de lo que todavía no es. A lo que todavía está por hacer le corresponde lo que aun no se sabe conscientemente.

Pero la materia no es una realidad general indiferenciada. La materia, para ser, además de encontrarse diferenciada en formas plurales, se determina históricamente en un proceso evolutivo. La materia abraza desde la realidad mecánica hasta el ser humano. Y es el ser humano “*el máximo apogeo de la materia*” (Schelling, Engels): Es el determinante activo de la orientación del mundo. Cuando Bloch habla de la materia, se está refiriendo al ser humano.

Abarcadora de toda la realidad, la materia es activa. Y esta realidad activa, que está en fermentación, lleva en su seno el desarrollo. Esta capacidad de posibilidad y de porvenir es el correlato de la esperanza antropológica. A lo que todavía no es consciente, no sabido, a los sueños y a la espera de realidades distintas, le corresponde un fundamento del orden del ser. Y así, basándose en una realidad material que en su seno va germinando posibilidades, se configura la ontología de lo que todavía no es.

La ontología del ser que todavía no es es la ontología de las realidades dinámicamente abiertas a los significados todavía no presentes. Esta ontología se define en lo realmente posible. La posibilidad no se limita a la ontología de lo que hasta ahora ha sido; es interior a la ontología de lo que siempre se está reiniciando, se corresponde con la ontología de lo que todavía no es. Encuentra porvenir en las posibilidades

del pasado y en toda la naturaleza. El ser tiene sus intermediarios en los esfuerzos del sujeto humano y en el mundo, pero todavía no es una realidad sino la verdadera posibilidad de algo utópico. La realidad se determina en algo que se manifiesta ahora como algo que no es. Todo está en el regazo de ese *no*, todo empieza en su seno, cualquier algo se edifica en sus entrañas. Es falta de algo, y también la desazón que fluye de esa falta. Es el impulso hacia lo que falta. La pulsiones vitales *hay que definir las como algo que no está*: como pulsión, necesidad, gana y, en el origen, como hambre.

El *no* se determina como no-tener. El *no*, en su origen, es lo que por el momento está vacío, sin determinar, sin decidir, como antesala del inicio. El *no* de la realidad puede definirse como *no-tener*, como *aún-no*. Siendo así, la configuración se construye aquí y ahora. Toda novedad ocurre ahora, la utopía actual es el presente. La potencialidad de la realidad reside en el núcleo óptico oscuro del presente. En él se prevee hasta dónde puede llegar. Y en esta experiencia oscura recibe la ayuda de los afectos de expectativa. Ahí nace la esperanza y también la melancolía que emana de la “aún no concreción de lo previsto”. El factor profundo y efectivo que pone y mantiene al mundo en movimiento, empujando siempre hacia delante, reside fundamentalmente en ese estado esencial de *no*. El secreto del mundo estriba en el secreto desvelado del ser humano. Aguijoneado por esta preocupación escribió Bloch *El principio esperanza*, avanzando desde el inicio las cinco preguntas fundamentales. ¿Quiénes somos?, ¿de dónde procedemos?, ¿hacia dónde vamos?, ¿qué esperamos?, ¿qué nos espera?

Por lo tanto, la intuición básica del sistema filosófico de Ernst Bloch es el siguiente: la esperanza se sustenta en el presente. La clave del mundo reside en la inmediatez. En cada momento de la historia, una y otra vez, comienza la historia. En este momento se inicia la historia, de nuevo. El presente está lleno de potencialidad. Pero la potencialidad está sumer-



gida en la obscuridad y el porvenir se inicia en la obscuridad de este momento. Porque al presente momento revestido de inmediatez le fluye la obscuridad del origen no esclarecido, la ignorancia. El núcleo del presente está aún por descifrar. La esperanza arranca en el negro presente. También la ansiedad. El proceso del mundo consiste en el esclarecimiento de la pregunta originaria.

Si el presente es oscuro, negro y está repleto de duda, poca razón hay para el optimismo. Si el optimismo se basa en la presencia de datos positivos y si el presente del ser humano, por origen y naturaleza, es oscuro y negro, ¿como puede afirmarse que la esperanza se origina en un presente que tiene mayores razones para ser pesimista que optimista? Bloch proporciona la respuesta apoyándose en una metáfora: en el ojo del ser humano también hay un punto ciego, justo allí donde el nervio óptico se inserta en la retina; al pie del faro que orienta a las naves reina la obscuridad. Es la potencialidad de esa obscuridad quien proporciona al ser real la capacidad para lo nuevo y, por ello, el ser real está abierto a la utopía. Esta es la intuición existencial esencial de Bloch y en ella arranca su teoría.

Y lo fundamental de la psiquiatría, su razón de ser, su contenido, se juega en ese espacio lleno de potencialidad. Cuando en la desorientación de la obscuridad no se divisa rayo alguno de luz, cuando no se entreve el fin de la negrura, cuando se cierran todas las puertas al porvenir y se va instaurando, por ende, la depresión, o se trastorna la persona y se comienza a dejar la solución para mañana, o se inicia un camino ajeno a la realidad y conducente a la fantasía estéril, es entonces cuando la persona se queda vacía de esperanza. Y el objetivo del tratamiento consiste precisamente en la recuperación de la esperanza. Al igual que la visión nace en el punto ciego del ojo, la esperanza se origina en la obscuridad. Eso es lo que enseña Ernst Bloch en su *El principio Esperanza*.

Por lo tanto según Bloch la materia alcanza su apogeo en el sujeto y el meollo del sujeto estriba en la esperanza. Un mensaje similar puede encontrarse, en mi opinión, en otras dos fuentes muy dispares entre sí: en los profetas de Israel (principalmente Isaías y Jeremías) y en Samuel Beckett (*En attendant Godot*). Los voy a mencionar brevemente.

I – Los Profetas:

Quienes nacimos al poco tiempo de terminar la llamada guerra civil y crecimos y educamos en su contexto, lo hicimos entre los límites culturalmente marcados por la religión católica y políticamente impuestos por el franquismo. Tras una infancia y adolescencia impregnados por esos componentes pudimos disponer, en la juventud, de una posibilidad de revuelta para con las ideas, costumbres e imposiciones padecidas y aventurarnos en una opción personal. En la discusión y purificación de la cultura introyectada, el trabajo personal de filtro quedó marcado, inevitablemente, por la impronta y la huella de lo previamente incorporado, pues se quiera o no somos herederos de la cultura vivida.

Entre las huellas remanentes de la educación religiosa recibida la más preciada me resulta la de los profetas, en especial Isaías y Jeremías. Ellos se dirigían a su pueblo, en nombre de su Dios, y la esencia y el corazón de su mensaje era el siguiente: cuando te ocupes de los huérfanos, cuando te preocupes por la viudas, devuelvas a los pobres lo suyo, cuando evites las injusticias..., entonces, y solo entonces, seré yo tu Dios, y entonces tú serás mi pueblo.

Dios y el pueblo de Dios pertenecen al futuro. Y no es cuestión de traducción. Los verbos, en todas las traducciones realizadas, aparece en tiempo de futuro, porque la clave del mensaje está en el futuro. Mientras no se cumplan las condiciones mencionadas no hay Dios, ni tampoco pueblo de Dios. Ahora no hay Dios. Dios, de existir, existirá en el futuro; Dios es el porvenir edificado sobre la igualdad, la justicia y



el amor. Dios no es algo previo, sino consecuencia; Dios es obra de una sociedad justa, equilibrada y buena. **La esperanza es Dios.** (Aguas profundas son éstas, sobre todo para quien es totalmente lego en exégesis y en hermeneútica. No obstante si tuviera que embarcarme en la discusión del problema de Dios, tomaría este rumbo. Dios, de estar, estaría al cabo de la esperanza y de la justicia). En palabras de los profetas:

“...Si enderezais vuestro comportamiento y vuestras obras, si defendeis la justicia en las relaciones sociales, si no explotais al extranjero, al huérfano y a la viuda, si no derramais sangre inocente en esta tierra y si, perjudicándoos a vosotros mismos, no vais en pos de otros dioses, entonces moraré con vosotros en este lugar...” (Jeremías 7/5–7).

“...Escuchad mi palabra, y yo seré vuestro Dios y vosotros sereis mi pueblo. Caminad siempre por el camino por mí indicado y sereis dichosos...” (Jeremías 7/23).

Isaías y Jeremías repetían una y otra vez el mismo mensaje: Isaías 25/8–9; 28/5–6; 28/17; 29/17–24; 30/18–26; 32/15–20; 58/1–14; 60/19–22. Jeremías 7/23; 11/4; 21/12; 22/3–4; 30/23; 31/8–9; 31/16–17.

Por lo tanto, la esencia del mensaje profético y la utopía concreta, ¿no son coincidentes?

2– Samuel Beckett:

Dos años antes de que Ernst Bloch publicara el primer tomo de *El principio Esperanza*, en el 1952 vio la luz la obra teatral *En attendant Godot* de Samuel Beckett. En ella, al igual que en los mensajes de los profetas, todo transcurre en torno a dos argumentos: uno muy evidente, ya que Vladimir y Estragon, los dos protagonistas, consumen el tiempo “*en attendant*” (esperando); el otro no tanto, pues no está claro que los dos amigos estén esperando a Dios, aun cuando el componente *God* de la palabra *Godot* signifique Dios en el idioma inglés. De todas maneras el núcleo de la obra reside “en la espera”.

En el camino, al pie de un árbol sin hojas, se rencuentran los amigos Vladimir y Estragon. No saben con seguridad de dónde vienen, dónde han pernoctado, qué les ocurrió la víspera, desde cuándo andan, inevitablemente, juntos. Al anochecer, a la hora de marcharse, no pueden irse. Es lo único que tienen claro: puesto que están “*esperando*” a Godot, no pueden irse:

ESTRAGON: ...*Vámonos*

VLADIMIR: *No podemos*

ESTRAGON: *¿Por qué?*

VLADIMIR: *Estamos esperando a Godot*

ESTRAGON: *Es verdad.*

La obra teatral se compone de dos actos y, aun cuando no está dividida en escenas, en cada acto, bajo una aparente monotonía, se recorren campos muy variados de la vida humana (9–10 en cada acto), delimitados los unos de los otros por la breve secuencia de: *vámonos* —no podemos— *¿porqué?* —estamos esperando a Godot— es verdad.

Así pues, ahí están Vladimir y Estragon (símbolos del ser humano) esperando al desconocido Godot. A cada momento les sobreviene el deseo de marcharse, pero se quedan, porque no pueden fallar en la espera de Godot. Y ya que están obligados a esperar, mejor será hacer algo, transcurrir el tiempo en algo. Y así comienza el repaso de distintas actividades de la vida: lo primero que se les ocurre es que, tal vez, podrían arrepentirse, acaso arrepentirse de haber nacido. Y hablando del arrepentimiento les viene a la memoria el buen ladrón. También existe la posibilidad de ahorcarse... De repente, esperanzados, advierten la llegada de alguien; pero quien llega no es Godot sino Pozzo (el amo Pozzo con su esclavo Lucky). ¿Será Pozzo, déspota cruel y esclavizador, Godot? (¿uno de los ídolos mencionados por los profetas?)... Ahí están todos, Vladimir y Estragon desorientados, preocupados por las nonadas de la supervivencia; Pozzo en su actividad caciquil, esclavizando para proveer a sus necesidades; y el ensogado del cuello Lucky, sirviente sometido, en la servidumbre, asumiendo



todo el trabajo, incluso el de pensar. Y cuando Lucky es obligado a pensar, su discurso transcendente, errático, confuso y enrevesado trastorna a todos, sumergiendo a los cuatro en una pelea. Cuando los cuatro se desparraman por el suelo, llegada la calma, todo sigue igual. Está a punto de anochecer, Pozzo se va con su esclavo, Vladimir y Estragon se quedan, están esperando a Godot. Cae la noche. En lugar de Godot llega su mensajero anunciando que Godot no va a venir.

El escenario del segundo acto es el mismo, pero ahora el árbol tiene algunas hojas: Vladimir está sólo y se pone a cantar. Entonces llega Estragon y se alegran por estar de nuevo juntos. Y ya que están gozosos, ¿que podrían hacer? Por supuesto, seguir esperando a Godot. Y en la espera se entregan al recuerdo. Y caen en la cuenta de algo, de que, aunque todo parece igual, nada es del todo igual... El árbol, por ejemplo, tiene hojas. Los reaparecidos Pozzo y Lucky tampoco son iguales, ciego uno, mudo el otro. Se van repitiendo las escenas del primer acto, pero nunca son del todo iguales (como diría Ernst Bloch porque *la historia recomienza todos los días*). Lo único que no cambia es el estar "esperando". Y en la espera siempre se puede hacer algo (el presente está lleno de potencialidad). Hacia el final a Vladimir y Estragon les viene a la mente la misma idea que al inicio: *ya que están obligados a esperar, si dispusieran de un cabo de cuerda...* Pero no, porque están esperando a Godot. Sobreviene la noche y, de nuevo, llega el mensajero haciendo saber que tampoco hoy vendrá Godot. Consecuentemente Vladimir y Estragon deciden marcharse. He aquí las últimas palabras de la obra:

VLADIMIR. *Entonces, ¿nos vamos?*

ESTRAGON: *Vámonos.*

(No se mueven).

Objetivo del tratamiento psiquiátrico: la esperanza.

Los manuales de psiquiatría suelen agrupar en cuatro campos principales a aquellos que

empujados por el sufrimiento psíquico solicitan ayuda psiquiátrica: depresión, psicosis, neurosis, trastorno de personalidad. Y, por supuesto, cualquier tipo de dependencia, que, habitualmente, suele mezclarse con uno de los cuatro campos mencionados.

El trastorno psíquico, básicamente una actitud, es una forma de estar y de ser, tal y como bien intentaron demostrar Laing y afines, que lo presentaron como una "opción" obligada e inevitable y, por ello, más allá del diagnóstico, es preciso escrutar la base sobre el que se conforma. Porque, al cabo, en la entraña del trastorno psíquico, en su base y su esencia, quedan de manifiesto tres modos de estar correspondientes a: la desesperación, a la fuga, a la sed de seguridad. Y en el sótano de las distintas enfermedades mentales que se diagnostican se hallan rastros profundos y decisivos de uno de los tres modos de estar. Los tres son tributarios del ámbito de la esperanza, mejor dicho, del ámbito del fracaso de la esperanza.

Desesperación (depresión):

El sentimiento de desesperación es una emanación de la vivencia de pérdida y de la obstrucción del porvenir. Se le añade el sentimiento de la culpabilidad por lo perdido y se asimila la carga del castigo merecido. La mirada se queda en el pasado, no se vislumbra futuro y el presente se convierte en un insufrible momento inamovible y sin final, sometido al sentimiento de culpabilidad y de castigo, en una contemplación autocompasiva estéril. He ahí la depresión, la melancolía. Una obscuridad sin el menor rayo de luz, una impotencia nacida del sentimiento de incapacidad, un sufrimiento insoportable. Desde la vivencia de no capacidad, en su desesperación, nace un sentimiento del deseo de finalizar, que a veces se lleva a cabo. En otras ocasiones el inmanejable sufrimiento, en una pirueta megalómana y omnipotente, empuja hacia un estado maniaco, con un comportamiento extraño, delirante, agresivo, disperso y estéril, totalmente ajeno a la realidad.



El sentimiento de pérdida, la obstrucción del porvenir, la vivencia de culpabilidad y la autocompasión alimentan el miedo que nace de la impotencia. La incapacidad y el miedo (ansiedad, angustia, ahogo) configuran el núcleo de las enfermedades del espectro depresivo, negando la esperanza. El presente potencial descrito por Ernst Bloch queda borrado, sumergido en la obscuridad por obra de la impotencia y de la angustia. Al peso de la pérdida se le responde con la vivencia del fracaso. La mirada se dirige exclusivamente al pasado, no hay porvenir y el presente se convierte en un sufrimiento inútil.

En esa oscuridad se inicia el tratamiento, partiendo a la búsqueda de las huellas de la escondida potencialidad, intentando en primer término la disminución y el alivio de la angustia, con el propósito de abrir la puerta a la esperanza, *porque todo es posible*.

Fuga (psicosis):

Como enseña Ernst Bloch la verdadera capacidad reside en la materia, en la realidad, y en ella se sustenta todo lo que puede ocurrir. La realidad es el presente de un porvenir distinto. Y en este presente se aúnan tres componentes: la capacidad o potencialidad, la falta o el vacío de lo que todavía no es, y el núcleo óptico oscuro derivado de la falta o vacío. El factor profundo y efectivo que pone y mantiene en marcha al mundo reside precisamente en ese estado esencial de no-ser. Es ahí donde echa a andar la esperanza, la utopía concreta.

A veces, sin embargo, el fracaso de la conciencia de la potencialidad, el miedo que produce la falta de lo que todavía no-es y la obscuridad que de ello se deriva cierran las puertas a la esperanza sustentada en la realidad, sumergiendo al sujeto en una fantasía estéril sin ligazón con la realidad, o sea en la psicosis. La insostenible crudeza de la realidad empuja a la fuga, a la edificación vana de un imaginario mundo irreal. Los síntomas que se manifiestan en las diversas psicosis (disociación, autismo,

delirio, alucinación, agitación psicomotriz, etc) muestran la huida fuera de la realidad. Sometido al miedo derivado de la realidad que aún no-tiene, sin conciencia de capacidad, se obstruye el porvenir y el sujeto se repliega sobre sí mismo (autismo), vive una realidad dividida (disociación), es presa de ideación de prejuicio y daño (delirio), percibe perturbadamente (alucinación), salta hacia una megalomanía omnipotente desprovista de sentido (manía), sufre la desorientación nacida del fracaso de la simbolización provocada por la ansiedad temprana (agitación, hipercinesia). Siempre, en evitación de la dura realidad, fugándose.

El objetivo del tratamiento consistirá en la construcción del camino de retorno hacia la soslayada realidad. Cualquiera que fuere la técnica del tratamiento, éste se empeñará en recuperar la arrinconada potencialidad, tendrá que ayudar a soportar la angustia provocada por lo que todavía no-es, habrá de facilitar el hallazgo de orientadores que conduzcan de la obscuridad hacia la luz. Esto es, el objetivo del tratamiento, basándose en la cruda realidad diaria, consistirá en el reaprendizaje de la labor de esperanza.

Sed de seguridad (neurosis):

Lo que todavía no-es, la desconfianza para con la capacidad propia, el desconocimiento de lo que está por venir nutren un estado de carencia de seguridad. La salud, sin embargo, consiste en, soportando el estado de falta de seguridad, enfrentarse con lo venidero confiando en uno mismo.

Con frecuencia falla la firmeza precisa para ese comportamiento y el sujeto se dedica a una fatigosa búsqueda de lo que de antemano le procure una sólida seguridad. Ahí es donde nacen los síntomas del campo de la neurosis: los estados de ansiedad, las fobias, las obsesiones, etc. Su finalidad consiste, en lo fundamental, en asegurar lo desconocido, lo que está por llegar, lo no sabido, queriendo controlar lo futu-



ro antes de que llegue. Como ese aseguramiento es totalmente imposible, el sujeto retorna una y otra vez al síntoma, en un comportamiento agotador, en un intento de convertir el mañana en hoy (ansiedad), en un esfuerzo denodado de evitación de lo que aun no-es (fobia), en una comprobación repetitiva interminable y dolorosa que le suministre protección segura (obsesión).

El tratamiento deberá enseñar a esperar. Esperar consiste en comportarse con consideración optimista para con la capacidad o potencialidad propia ante lo que no está seguro, ante lo que aun no-es, ante lo que todavía no ha llegado, construyendo así cada día el futuro...La Esperanza es cosa del presente y se verifica cada día. El peor enemigo del tratamiento estriba en lo que antaño se denominaba como procrastinación (tendencia patológica a retrasar la acción, a postergarla, a “dejarla para mañana”).

Conclusión:

La esperanza es algo que germina en la debilidad, en la falta de seguridad, en la incertidumbre. Y tiene dos sustentos, la conciencia de la realidad y la potencialidad o capacidad. Estas dos bases le suministran fuerza para sobreponerse a la debilidad, firmeza alimentada por el arrostramiento de la inseguridad y sabiduría suministrada por la asimilación de la duda.

Si hubiera de mencionar un modelo o paradigma de salud mental emanado del comportamiento esperanzado recurriría al del bertsolari, tan arraigado en la cultura vasca. Ahí está el bertsolari frente al público, nervioso, mínimo; no sabe qué motivo le propondrán; no sabe qué tonada ni qué métrica usará; sin seguridad alguna, sin asidero, en soledad total, el escenario o la plaza iluminada le sumerge en la obscuridad. En su pequeñez, su nerviosismo y su obscuridad tiene una única certidumbre: sabe que posee capacidad, potencialidad para elaborar el verso.

De repente, ahora, sin seguridad previa alguna, construye el verso, tal vez con error incluído. He aquí un ejercicio práctico de esperanza: hoy, aquí, basándose en la potencialidad y en la confianza, construyendo el mañana: utopía concreta.

Enero de 2008.

Contacto: Blas Erkizia

Centro de Salud Mental de Beasain

Jose Miguel Iturrioz Kalea, s/n

20200 BEASAIN Gipuzkoa

Tel: 943 886 762

BLAS.ERQUICIAAMILIBIA@osakidetza.net



BIBLIOGRAFÍA

- Bloch, E. *El principio esperanza*, 3 tomos, Madrid, Aguilar, 1977. (Edición reciente en Editorial Trotta, S.A, Madrid, 2004, con prólogo de Francisco Serra).
- Marzal, C. *El corazón perplejo. Poesía reunida (1987-2004)*. Barcelona. Tusquets editores, 2005.
- Beckett, S. *En attendant Godot*, Les Éditions de minuit, París, 1952.